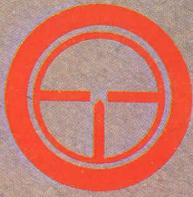
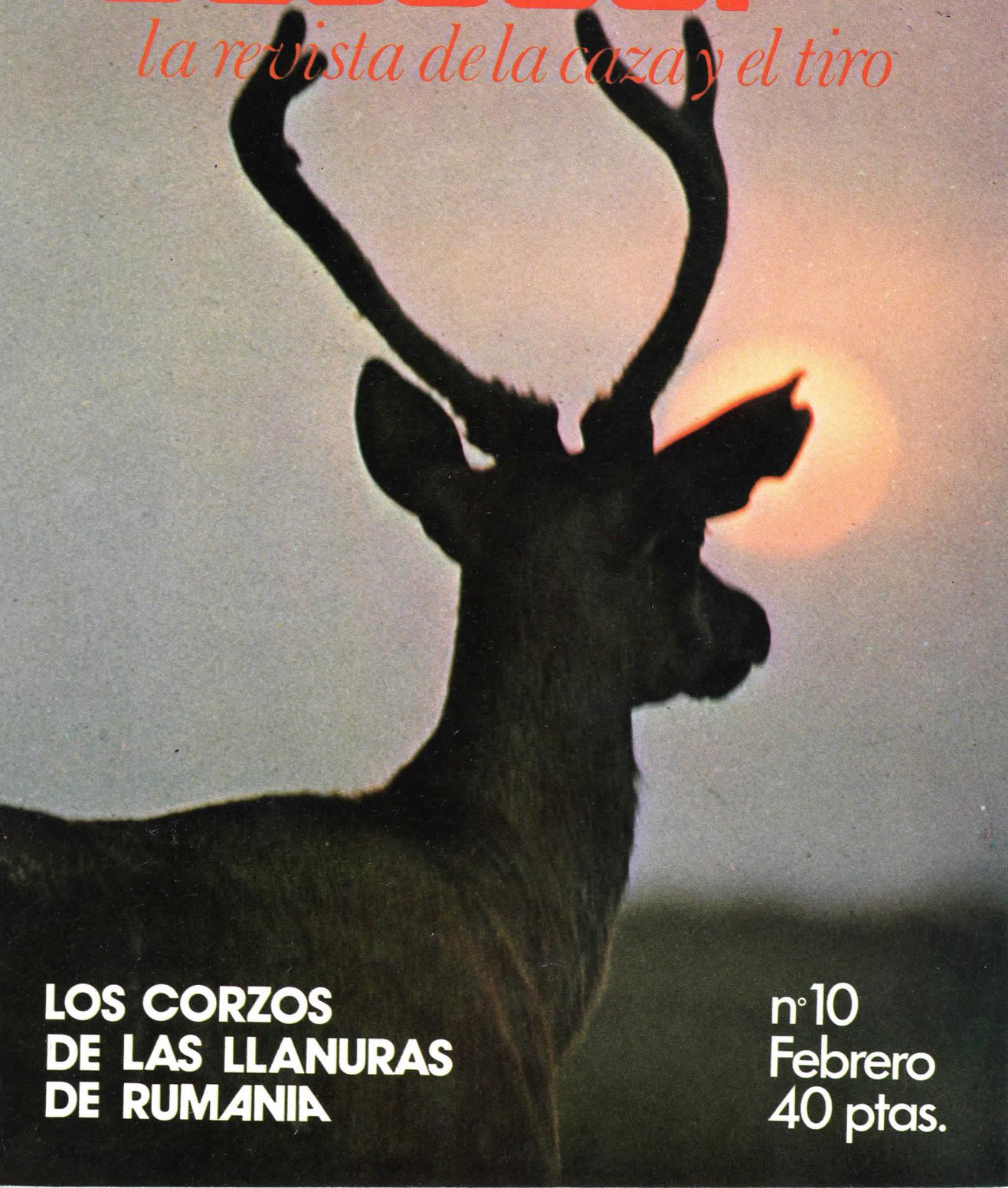


Cazador

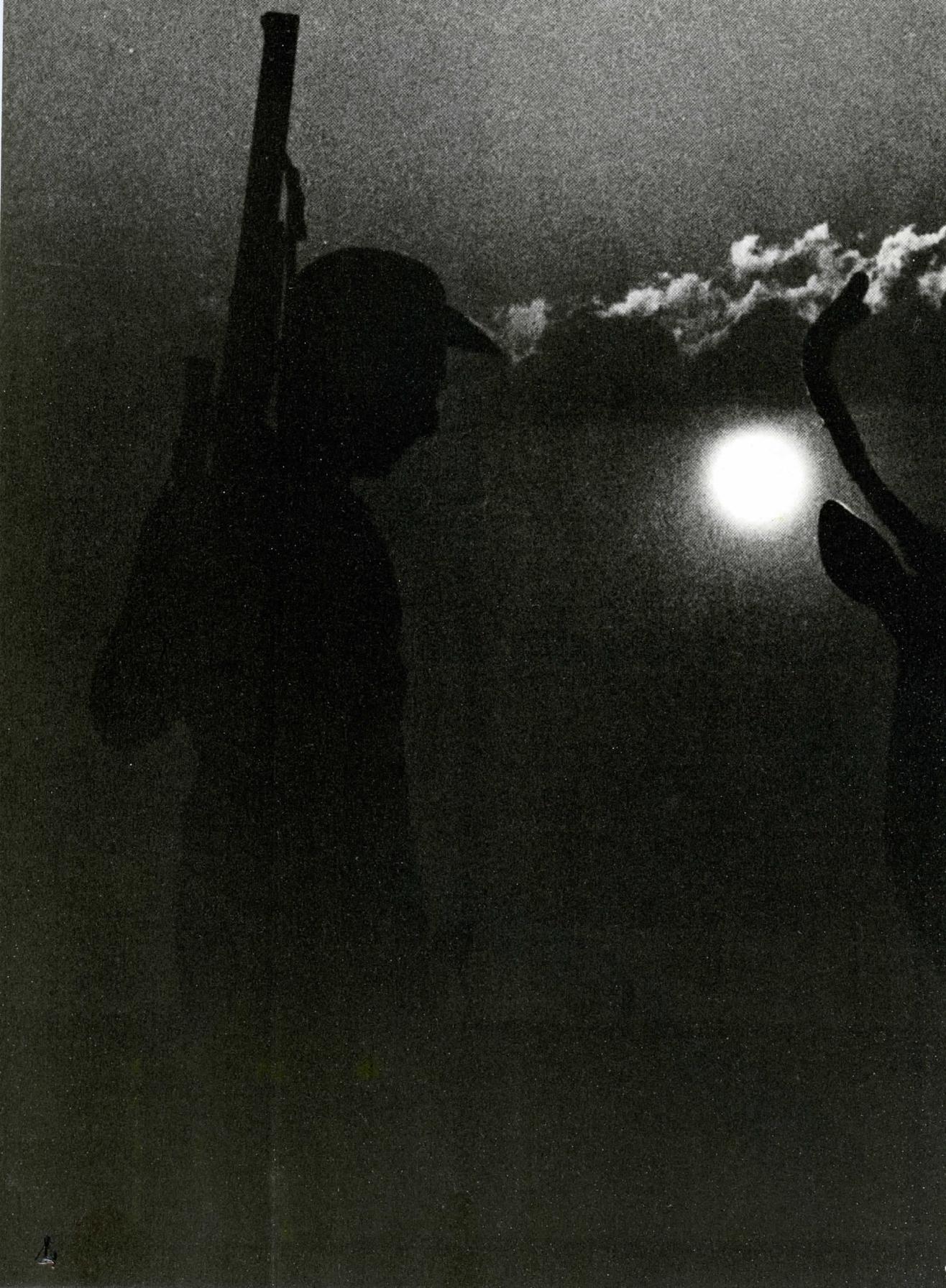


la revista de la caza y el tiro



**LOS CORZOS
DE LAS LLANURAS
DE RUMANIA**

**n°10
Febrero
40 ptas.**

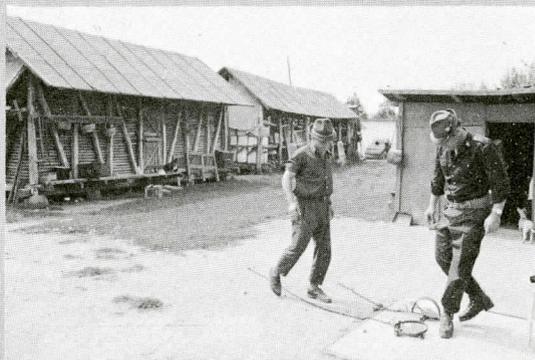




**LOS CORZOS
DE LAS LLANURAS
DE RUMANIA**

**LA CAZA EN RUMANIA. CAZA
DEL CORZO**
texto y fotos de L. Coccia

*Son casi 120 kilómetros los que separan la ciudad de Bucarest, capital de Rumania, de Pitesti, punto al que nos estamos dirigiendo.
A nuestros lados desfilan dulcemente las inmensas llanuras rumanas, quebradas únicamente por la presencia de torres de conducción eléctrica que se dirigen en busca de los centros petrolíferos, que constituyen uno de los mayores recursos económicos del país.*



Cuando llegamos a Pitesti y junto a nuestro albergue, encontramos dos funcionarios del Departamento Estatal de Turismo, que nos son presentados por el Jefe del Servicio Forestal y Guardería de la región.

El señor Georgescu se muestra muy amable y simpático. Habla perfectamente el francés, idioma a través del cual podemos entendernos perfectamente. Después nos presenta a una bella chica, Magdalena Jula, que será nuestra intérprete oficial durante toda la duración de nuestra





excursión de caza, que se va a desarrollar durante algunos días y estará dedicada a la caza del corzo en la llanura rumana, y continuará con la búsqueda de rebecos en lo alto de los abruptos montes Carpatos, tan prodigos en sugestivas leyendas.

Partimos de Pitesti a bordo de un "Gaz", el todo-terreno de fabricación rumana, con la finalidad de recorrer los 40 kilómetros que en dirección sur nos alejan de Mozacu, el verdadero centro de caza y punto donde se encuentra la base de la Guardería Forestal y donde nos alojaremos. Cuando llegamos es ya muy tarde, estando muy cansados y soñolientos.

Teníamos preparadas tres literas, introducidas en una alcoba de muy reducidas dimensiones. Cuando nos despiertan aún reina totalmente la oscuridad en el exterior.



El gallo ha cantado varias veces durante toda la noche, mejor los gallos, que nos han proporcionado un verdadero concierto, similar si cabe al de un grupo de perros excitados.

Con los ojos aún semi cerrados, las dos bolsas que contienen el material fotográfico en la mano, y acabando de abrocharme la ropa, monto en una larga calesa que nos espera fuera del edificio.

Jorge Veller y S. Antoniani, mis dos compañeros, cazador uno y apasionado naturalista el otro, ya hierben de impaciencia.

Georgescu y los dos guardas forestales están ya en el pescante. Acomodo mis dos bolsas y partimos.

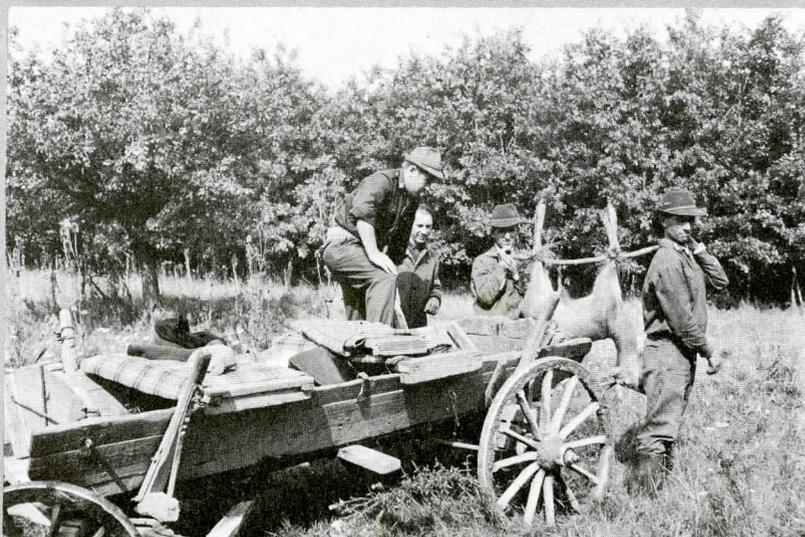
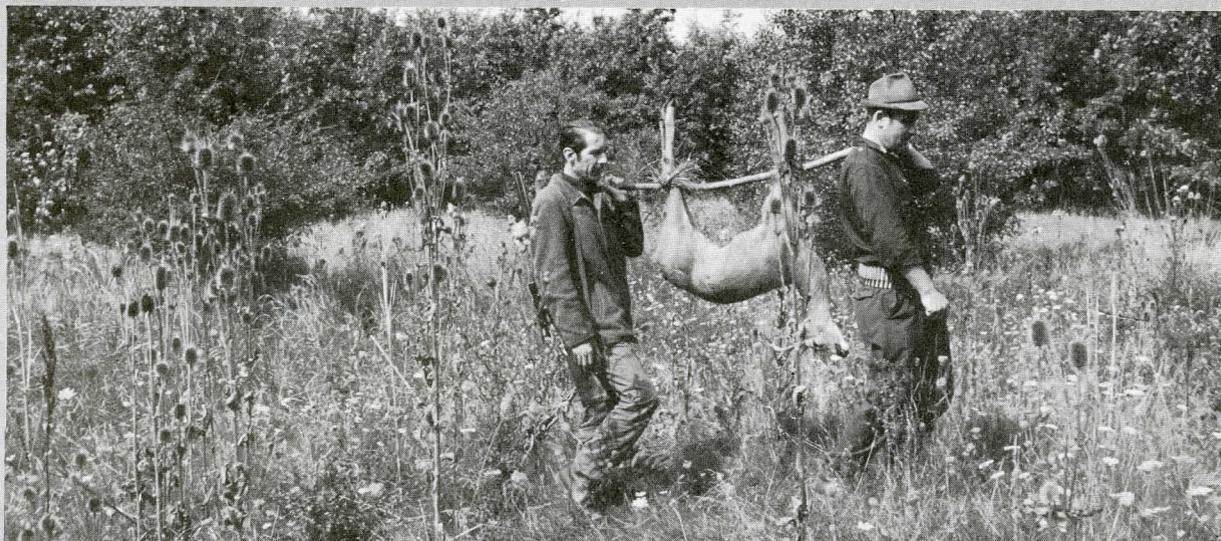
La calesa, arrastrada por un par de buenos caballos, se revelará como un excelente medio de locomoción, bien sea para atravesar parte de las 600 hectáreas de bosque, donde





encuentra refugio la fauna, o porque los corzos no huían de inmediato, como probablemente hubiera ocurrido con un vehículo de motor.

Una ligera bruma cubre aún con su tenue velo los alrededores, los campos están cubiertos de escarcha y el denso perfume del bosque nos hace respirar profundamente, llenando nuestros pulmones de saludable oxígeno. En el fondo, uno de los motivos por el que el hombre sale a cazar es el poder vivir cierto tiempo en libertad, impregnándose de mil maravillosas sensaciones. Jorge se encuentra en la parte delantera de la calesa, con la mano apoyada en el fusil y la mirada



atenta a los menores movimientos que se producen en la floresta. Sandro se halla junto a mí en la parte de atrás. Vamos respectivamente en calidad de observador y fotógrafo, y con la intención de captar todo aquello que se ponga al alcance del teleobjetivo.

Después de haber recorrido unos 500 metros en el bamboleante carronato, los "forestales" nos señalaron una mancha marrón que se destacaba entre los árboles. Se movía muy lentamente y debido a la escasa luminosidad del alba apenas la distinguíamos. Cesamos nuestra marcha y descendemos del vehículo. Me preparo para filmar, pero los dos guardas me indican



que se trata de un ejemplar de hembra y que respecto a su caza no hay nada que hacer. Proseguimos la marcha y después de recorrer otros cientos de metros vemos parados frente a nosotros dos espléndidos corzos: un macho y una hembra. Descendemos rápidamente de la calesa. Jorge me indica con una leve señal que tome posición con la cámara. Disparará cuando yo esté presto a filmar la escena. Pero a pesar de nuestras extremas precauciones, la maniobra fracasa porque los dos ejemplares desaparecen a grandes saltos en lo más profundo de la espesura. Era un soberbio ejemplar de macho, con un peso calculado de unos 70



kilos y merecedor de un trofeo de oro o plata. Quizás hemos sido demasiados precipitados en nuestra acción. La próxima vez trataremos de hacerlo mejor. Fuimos dando vueltas durante un par de horas, atravesando el bosque ya en sentido longitudinal, ya cruzándolo transversalmente. Incesantemente veíamos pasar frente a nosotros faisanes, liebres, etc. . . Jorge tenía en todo momento las manos en la carabina, deseando disparar una y otra vez: se trata de un arma de fabricación checoslovaca, una B.R.N.O. del calibre 7,57 y 20 mm. Es un arma un poco pesada pero que responde perfectamente a las necesidades



de la caza que se practica en aquellas latitudes. Finalmente, después de varias horas de girar incesantemente de un punto a otro, mientras estamos atravesando una zona cubierta de grandes arbustos y pequeños árboles, salta de las matorrales un ejemplar de corzo macho, que detiene su marcha y permanece atento y preparado para la huida. Bajamos rápidamente de la calesa, arrastrándonos todos como "comandos" en acción.

Intento alejarme de Jorge, dirigiéndome hacia la derecha. Intento conseguir un encuadre en el que aparezca la presa y el cazador. Este riesgo de perder la presa queda compensado por las imágenes obtenidas. Después se oye el estampido fatal y el animal cae a tierra tras recibir un fuerte y certero impacto. Resulta un corzo de talla media, y mientras el Sr. Georgescu felicita al cazador, los dos forestales comienzan a preparar un largo palo con una fuerte rama para transportar el corzo. Después atan el animal y lo llevan hasta la calesa. Saltamos nosotros también dentro de ella y emprendemos el retorno. Por la tarde iniciamos una nueva batida.





Los corzos actúan diferentemente de la mañana, pues abandonan el bosque para ir a alimentarse en los campos circundantes.

Mientras estamos en espera, escondidos en un disimilado foso, vemos aparecer un soberbio ejemplar de ciervo de los cárpatos.

Iniciamos rápidamente los preparativos para la caza, pero una señal de los guardas nos detiene, aclarándonos que se trata de un "ejemplar amigo", y nos explica la razón de tal denominación. Fue capturado por los forestales cuando era muy pequeño, hallándole con una herida de posta.

Después de un año de cuidados, fue puesto en libertad. Hoy es un ejemplar fuerte y robusto, que vive en el inmenso bosque y al propio tiempo es amigo del hombre.

Avanzamos lentamente hasta llegar a tocar su recién salida cuerna. Nos observa a su vez con curiosidad, sin que podamos saber si con animos de ataque o de juego. Pero baja la cabeza y se aleja lentamente volviendo a regresar prontamente. Lo alejamos, pues puede estorbar nuestra acción de caza, pero una y otra vez vuelve junto a nosotros, hasta que decidimos abandonar el puesto. Considera aquel territorio como suyo y lo defiende como puede, sabiendo que si se enfrenta abiertamente a nosotros, será vencido de un rápido disparo.